



[JOSÉ LUIS LEDESMA]

Nació en Soria en 1973 y estudió Historia en la Universidad de Zaragoza. Fue Premio Extraordinario de Fin de carrera. Investigador en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Estancias de investigación en el en la Sorbona-Paris IV y en la London School



of Economía and Political Sciences. Acaba de publicar en la Institución Fernando el Católico su libro *Los días de llamas de la revolución. Violencia y Política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*.



José Ruiz Borau, o el pasado echado al olvido del escritor aragonés José Ramón Arana

José Luis Ledesma
(Instituto Universitario Europeo. Florencia, Italia)

e] En buena medida, lo logró. José Ruiz Borau tuvo un considerable éxito cuando, perdida la guerra civil, se decidió a cambiar no sólo de país y de continente, sino también de vida, de nombre y de memoria. Un contemporáneo suyo, el sociólogo francés Maurice Halbwachs, había planteado poco antes que la memoria tiene un carácter fundamentalmente social y que la de los individuos está determinada por los marcos sociales y grupales y por las experiencias colectivas de las que participan. Y Ruiz Borau resulta un ejemplo, extremo tal vez, de cómo la súbita erradicación de esos marcos y la radical cesura en tales experiencias pueden implicar una honda e incluso voluntaria mutación de la memoria y, por ende, de la propia identidad.

Es probable que ese proceso se fraguara a finales de 1938, hace ahora 65 años, el día en que Ruiz Borau abandonaba España inaugurando un largo periplo de retirada y derrota. O acaso se forjara, poco después, durante su internamiento en el campo de concentración francés de Gurs —a lo que dedicará parte de su poemario— junto a otros 16.000 compatriotas republicanos; y seguramente se confirmara a bordo del Ipanema que le llevaría, huyendo de la represión franquista y de la nazi en la Francia ocupada, hacia un largo exilio en México hasta poco antes de morir en 1973. Sea como fuere, a ese país llegó ya con la firme convicción de que, para que el pasado no le persiguiera, había que tratar de echarlo al olvido. Y a un olvido atormentado procuró echarlo todo: su trabajo como empleado de banca, su militancia socialista, su mujer e hijos e incluso su nombre. Porque, en ese renegar de su pretérito, se unía a lo “político” una trayectoria emocional, cuando menos, convulsa. Y fue así como nació José Ramón Arana —tomando el apellido de su segunda mujer—, un exiliado con nueva identidad, nueva familia y nueva ocupación —librero, editor y escritor—, que le llevaría a convertirse en una figura notable del exilio español en general, y literario en particular, y en una de las plumas más reputadas del Novecientos aragonés.¹ Al parecer, el alumbramiento de esa nueva vida no se consumó sin un peaje emocional y personal por parte del interesado, a quien —como comentara con su amigo el poeta León Felipe— la expe-

riencia de la guerra y el exilio había dejado atormentado o, según S. Otaola, “asesinado por los recuerdos”. Pero, al menos de puertas afuera, el éxito al que aludíamos parece, aunque contradictorio, una realidad. La prueba está no sólo en que borrara sus propias huellas y se libra así de los peligros y vindictas que él obsesivamente temiera. Está también en el hecho de que tantas décadas después, esas huellas están lo suficientemente difuminadas como para que hoy sea ampliamente desconocido que tras la figura de Arana hay en los años previos a su exilio una importante carrera de actividad y compromiso político. Es a esa su primera y menos notoria “vida” a lo que dedicaremos estas líneas.

Ruiz Borau había nacido en 1905 en Garrapinillos (Zaragoza), donde su padre había sido destinado como maestro. Siguiendo los destinos de éste, vivió una sucesión de viajes y traslados de la que quedarían como únicos puntos de referencia Monegrillo y Zaragoza. Del pueblecito monegrino procedían su madre y sus mejores recuerdos de estios infantiles. Y en Zaragoza se instaló con ella, una vez muerto prematuramente su progenitor, y allí estudió, acumuló un trabajo tras otro, tuvo mujer e hijos y, tras un periplo laboral por distintos puntos de Cataluña, encontró en 1931 el trabajo —en el Banco Hispano Americano— que le aseguraría el sustento familiar hasta el estallido de la guerra civil en 1936.

El estreno y final de ese trabajo coincidirían con los de la II República, muchas de cuyas esperanzas hizo suyas. De



Segunda composición del Consejo de Aragón diciembre 1936	
PRESIDENTE	José Arana (CNT)
DIRER PÚBLICO	Adolfo Balbani (CNT)
INFORMACIÓN Y PROPAGANDA	Enrique Yribarri (CNT)
AGRICULTURA	Adolfo Anad (CNT)
TRABAJO	Miguel Clavá (CNT)
ECONOMÍA Y HABITOS	Enrique Martínez (CNT)
TRANSPORTES Y COMUNICACIONES	Luis Montoliu (CNT)
ARTES	Tomás Pallas (IR)
HACIENDA	José Gracia (IR)
CULTURA	Manuel Latorre (UGT)
DIRER PÚBLICO	José Ruiz Borau (UGT)
SAÚDE Y ASISTENCIA SOCIAL	José Ortaño (IR)
INDUSTRIA Y COMERCIO	Concepción Palanca (PC)
SECRETARIO GENERAL	Benito Pabó (Partido Socialista)

hecho, esos años acotan también sus primeros pasos en el mundo sindical y de la forja de su identidad política. Se había iniciado en la “cuestión social”, en Barcelona, de la mano de un ugetista. Y a la UGT pertenecía la Asociación de Empleados de Banca y Bolsa –uno de los sindicatos socialistas zaragozanos más sólidos del momento– en la que se afilió y en la que no tardaría en descollar como figura y directivo. No resultará por tanto extraño que, a finales del quinquenio republicano, lo encontremos como delegado en un Congreso Nacional de la UGT en Madrid, o que participe en lo que luego definiría como “aquellas asambleas borrascosas de la Agrupación Socialista de Zaragoza” (*Avance*, 26/6/1937) en las que pugnaban prietistas y largocaballeristas. Más aún, en compungidas palabras de su propio hijo, durante ese periodo “se dedicó totalmente a la política”².

Ahora bien, lo que terminó de precipitar a Ruiz Borau a la arena pública fue la guerra civil. De natural ciertamente pesimista, el primer jalón en este su enésimo viaje fue la huida de Zaragoza hacia Monegrillo, donde permanecería con su familia relativamente inadvertido como improvisado maestro y testigo crítico de las realizaciones revolucionarias acometidas al palio de las columnas anarcosindicalistas llegadas de Cataluña. Es notorio que la experiencia de esos meses nutrirá su bella novela posterior *El cura de Almuñiced*. El segundo hito, sintiéndose amenazado por los milicianos, sería su marcha –con madre, mujer y cinco hijos a cuestas– rumbo a Lérida, ciudad en la que contactaría con UGT y PSOE. La mortífera represión desencadenada por los sublevados había dejado en cuadro sus directivas zaragozanas y aragonesas, por lo que no era extraño que se le requiriera de inmediato marchar a Caspe para formar parte de las mismas. Ese nuevo viaje cambiaría su futuro para siempre. Allí conocería a la mujer por la que abandonó a su familia. Y, sobre todo, allí entraría en las páginas de la historia cuando, al reestructurarse en diciembre de 1936 el Consejo de Aragón –la estructura de gobierno de la zona republicana aragonesa controlada por la CNT–, fuera nombrado Consejero del mismo y, más aún, su vicepresidente.

Acaso también como consecuencia del posterior borrado de huellas acometido por Ruiz Borau, también esta etapa aparece nublada por interrogantes, confusiones y sombras que alcanzan incluso a la Consejería que dirigió. Las fuentes más conocidas y los libros de historia evidencian que fue nombrado titular de Obras Públicas. Sin embargo, la documentación muestra que poco después lo encontramos firmando decretos e informes en el Departamento de Hacienda, para el que en realidad había sido elegido el republicano de Castelserás Jesús Gracia. Pero, según testimonio de éste último recogido por Julián Casanova, “en Hacienda no había nada que hacer, pues los Bancos no existían, y me fui”. Es fácil atar cabos, aunque persisten las incógnitas. Fuera de manera oficial o tal vez informal e interina, y compatibilizándolo o no con Obras Públicas, quien asumía la Consejería vacante de facto no era otro que el antiguo empleado de banca Ruiz Borau. No era fácil tarea, sino una de las más delicadas del momento. En plena contienda, y desaparecido todo vestigio de regulación

Consejeros cenetistas, su objetivo fuera “tributar” al Estado, fortalecerlo y subordinarse al mismo.

De hecho, esa misma lógica habría de llevarle, siguiendo la estrategia comunista y republicana, a ponerse frente al propio Consejo del que formaba parte. Como se sabe, esa estrategia acabó con la disolución *manu militari* de ese organismo en agosto de 1937. Ninguna evidencia hay de que estuviera entre los arquitectos de la operación. Pero sí estaba entre los que, con sus cada vez menos sutiles críticas, habían creado un clima político adecuado a semejante desenlace. Y se encontraba también entre los que después colaboraban con el Gobernador José I. Mantecón, a la sazón la autoridad que sustituía al Consejo y encarcelaba a varios de sus colegas consejeros. Todo ello era perfectamente coherente con la evolución política de Ruiz Borau, quien se había convertido, dentro de los núcleos dirigentes aragoneses de UGT y PSOE, en uno de los más firmes partidarios del acercamiento al PCE. Ese posicionamiento, cuya intensidad le granjearía no pocas enemistades entre sus compañeros socialistas, le había llevado, entre otras cosas, a colaborar como articulista en el órgano regional de ese partido, *Vanguardia*, y, sobre todo, a formar parte de su Comité Regional aragonés. De hecho, parece que en mayo de 1937 participó como tal en una Delegación española desplazada a “Rusia, patria de todos los trabajadores del mundo...”, y que daría lugar a su obra *Apuntes de un viaje a la U.R.S.S.* En ella, Ruiz Borau, convertido a la nueva causa, describe con un tono exultante, en ocasiones lírico y a menudo catequístico, las múltiples y deslumbrantes realizaciones materiales, económicas, culturales y políticas de un régimen, el soviético, que canta como “una auténtica democracia perfecta”, y ante el que “el ánimo queda suspenso y maravillado” y “nada justifica las campañas miserables contra la Unión Soviética”.

En la primera página de esa misma obra apuntaba, describiendo la salida hacia Rusia, que “salimos de España sin la ‘alegría de marchar’. Mi espíritu andariego no pone una frase viva en esta sinfonía de voces [y] reconstruimos las últimas escenas vividas en España en un afán de hacerlas imborrables.” Pero lo que entonces escribiera retóricamente, adquiriría un sesgo profético e implacablemente sincero cuando –y con eso volvemos al principio– debiera cruzar la misma frontera camino de la retirada y el exilio. Con la diferencia de que, entonces, ya no buscaría hacer “imborrables” los recuerdos sino, precisamente, erradicarlos de la memoria. Era el momento de embarcarse en un enésimo viaje, pero definitivo, hacia otra tierra y otra identidad –la de José R. Arana–. Hacia otro futuro y, de algún modo, hacia otro pasado. ■

NOTAS:

¹ Cfr. sobre ese periodo E. Fernández Clemente, V. Pinilla, *Aragoneses en América (siglos XIX-XX)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003.

² Entrevista con Alberto Ruiz-Borau: Zaragoza, 9/1/2003.



José Ramón Arana
con su librería ambulante en México

hacendística y económica a causa de la partición de Aragón en dos, la actividad de la Consejería debía orientarse, según decreto firmado por él mismo, “hacia el establecimiento de todos aquellos organismos de gobierno y administración precisos para hacer desaparecer el colapso productivo de la vida aragonesa” y “centralizar los recursos necesarios para llevar adelante la guerra”. Y, en efecto, a ese restablecimiento de tales organismos –delegaciones de Hacienda, sucursales bancarias, Inspección de Aduanas– y de sus funciones –presupuestos de consejos municipales, listados de bienes incautados, “reorganización de la tributación”– se dedicaría al frente de la Consejería. No se trataba de una actuación políticamente neutra. Como él mismo escribiera, al nuevo Estado post-burgués no se le podía dejar “privado de medios económicos”. De ahí que, en abierta oposición a los